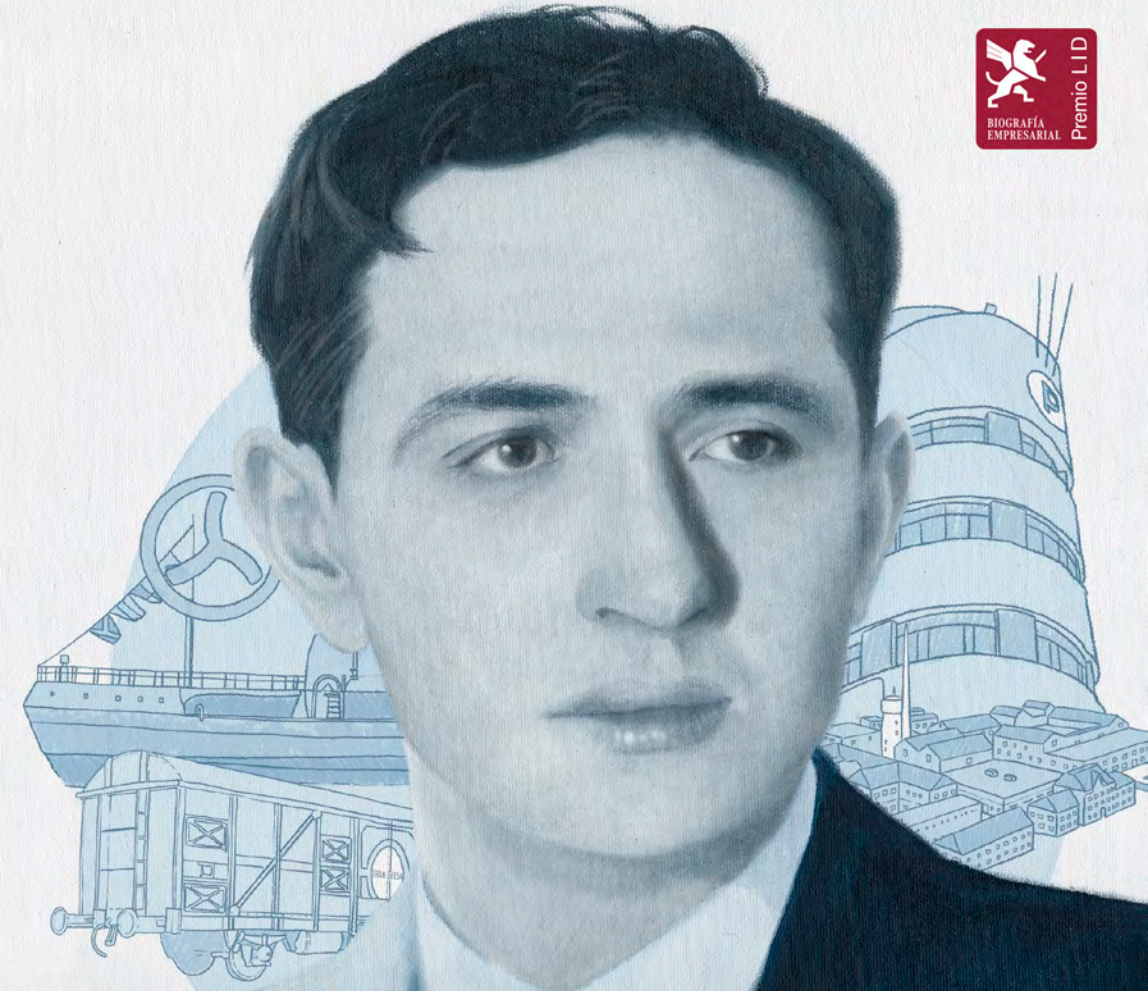
Biografía del fundador de ZELTIA, TRANSFESA y PESCANOVA



BIOGRAFÍA EMPRESARIAL Premio LID

JOSE FERNÁNDEZ LÓPEZ (1904-1986)

UN EMPRESARIO SIN MIEDO AL RIESGO

MARISA GALLERO

LID

ÍNDICE

Prólogo de Bieito Rubido 11

Tras los pasos del empresario invisible 15

1. Raíces 19
   Testimonio de oídas 19
   Sus mayores 33
   Infancia 49
   Árbol genealógico 62
2. Los galleguistas 63
   Generación Nós 63
   De mataderos y hombres 85
3. La galaxia de JFL 115
   En la isla de San Simón 115
   La galaxia de JFL 138
4. El mapa del territorio 157
   Zeltia 157
   Los años del titanio 207
   Mérida industrial 239
5 La industria del frío 287
   El paso de los Pirineos 287
   La industria del frío 334
6. Levar anclas, soltar amarras 365
   Pescanova 365
   Colección particular 445

LID

Colección Fernández López 481
Un viaje fotográfico 483
Unas palabras 487
Listado de las empresas más importantes 491

PRÓLOGO
La importancia de las personas

Esta es una historia fascinante. Es la historia de José Fernández López, un empresario lucense que abordó con éxito las más increíbles industrias y que, de no ser por el empeño de su hijo mayor, José María, y el trabajo de investigación de la autora de este libro, Marisa Gallero, tal vez quedaría perdido en los recuerdos de un grupo de personas. No se habría hecho, entonces, justicia. Las páginas que el lector va a leer a continuación de este prologo, no solo son una historia fascinante, sino que también son un ejercicio con el que se rinde justo tributo a quien, tal vez, fue uno de los cinco grandes empresarios españoles del siglo XX.

Este libro tenía que haberlo escrito yo. Así me lo encargó José María Fernández Sousa-Faro, presidente de PharmaMar. En aquel momento, el del encargo, dirigía el diario *ABC* y aunque lo intenté, no lograba sacar el tiempo necesario para acometer una tarea de investigación como requería la andanza empresarial de José Fernández López. En ese tiempo constaté el desierto de datos y la poca literatura acerca del que fue, sin género de dudas, uno de los empresarios más audaces. Afortunadamente, se cruzó en el camino de aquel proyecto inicial Marisa Gallero, periodista de investigación y buena amiga. Se la presenté a José María y ella durante unos cuatro años, con más o menos intensidad, se dedicó a buscar en archivos, hemerotecas, bibliotecas, museos, documentos..., además de recorrer la geografía de la vida del protagonista y hablar con personas que lo habían conocido. De esa manera, Marisa logró levantar esta extraordinaria obra de la que ahora disfrutamos.

Este no es un libro más. Ni es la biografía de un empresario aderezada de anécdotas para salir del paso. No. Se trata, como dije en el arranque de este exordio, de una historia fascinante y para llegar a ordenarla y poder mostrársela a los lectores, tuvieron que coincidir tres personas providenciales. José Fernández López, el actor

que ocupa el presente volumen; su hijo José María, empeñado en legar su memoria no solo a sus descendientes, sino también a la sociedad española; y, finalmente, una investigadora como Marisa Gallero que buscase debajo de las piedras hasta el último documento que certificara la notable y sorprendente peripecia empresarial y personal de un hombre que se caracterizó por una creatividad fecunda, una discreción digna de alabanza, una constante dedicación al trabajo y un escaso apego al dinero.

El lector, a medida que se adentre en las páginas de este libro, irá encontrando nombres que le sonarán, algunos de ellos incluso habrán participado en la historia emocional e individual de cada uno de los lectores: los Mataderos de Mérida y Porriño, Zeltia, Transfesa, Antibióticos, Frigsa, Pescanova. Detrás siempre había una vocación de hacer más grande su país, de servir a los demás. En la raíz de sus iniciativas se encontraba un marcado sentido de servicio al interés general: allí estaba el suministro de carne en una España que pasaba hambre, las vitaminas tan necesarias entonces y ahora, el transporte de ganado y de frutas, el pescado congelado que llegó a todas partes, los antibióticos y la penicilina, el kiwi, que él trajo a España, y así un buen número de iniciativas que le permitieron, junto a otros, especialmente sus hermanos, y en otras ocasiones en solitario, crear una gran fortuna, al mismo tiempo que fundar e implantar un grupo empresarial infrecuente en la España que le tocó vivir. Hoy todos somos un poco herederos de la iniciativa de aquel lucense discreto en las formas que albergaba en su interior el alma de un tenaz e inquieto emprendedor.

José López Fernández no fue un hombre político. Tuvo inquietudes en ese campo de joven, pero cuando asumió la dirección de las empresas de su familia no se caracterizó por jugar a la política. Se equivocarán, por tanto, quienes quieran ver en algunas de sus actuaciones una carga política. Él era, por encima de todo, un emprendedor, un creativo, un empresario que se distinguía por su nula aversión al riesgo. Cuando él incorporó en Zeltia a Fernando Calvet a Miguel Catalán o a Faustino Cordón no pretendía hacer política, sino recuperar para la ciencia española y, por tanto, para su empresa, a las mejores cabezas. Su simpatía, por otro lado, con la cultura gallega carecía de instrumentalización política. Era un hombre fiel a sus ancestros, a sus raíces. Hablaba gallego con sus hermanos, con sus amigos, pero ello no suponía actitud política de ningún tipo. Los seres humanos somos deudores de nuestro tiempo y de nuestro entorno. El origen nos marca; y a José Fernández su origen, su entorno familiar, lo marcó decisivamente, hasta el punto de volcarse siempre en la mejora permanente de lo que conoció desde niño, el campo y sus productos; el aprovechamiento de la tierra y su explotación racional.

Abordó a lo largo de su vida múltiples aventuras empresariales. Él sabía que España, y muy especialmente Extremadura y Galicia, era un tesoro con un ciego sentado sobre él. Muchos amigos gallegos le habían hablado de la enorme riqueza minera que se escondía en nuestro subsuelo. Lo intentó en tierras extremeñas. Finalmente, no lo logró. Solía decir que el único negocio en el que no alcanzó éxito fue en el mundo minero. Daba una razón para ello: «No encontré la persona adecuada». José Fernández daba una enorme importancia a las personas. Algunas de ellas le acompañaron hasta

el final. Durante el tiempo que traté de recabar información y datos de la biografía de don José, como le solía llamarlo la mayoría de quienes trabajaban con él, observé que todos a cuantos entrevisté tenían como denominador común el afecto y la admiración hacia su persona. Según alguno de ellos, «don José poseía la habilidad de hacer sencillo todo aquello que parecía difícil».

Uno de esos hombres que acompañaron al protagonista de este libro fue Víctor Moro, quien ocupó la dirección financiera de Pescanova, contribuyó a su engrandecimiento y, posteriormente, fue secretario de Estado de Pesca y Marina Mercante con la UCD y subgobernador del Banco de España. Tuve la suerte de mantener con él una larga conversación acerca de la figura de don José en su casa de Baiña, en Baiona. Allí me contó la historia de la conversión del crucero *Habana* en el primer buque factoría-congelador, el *Galicia*. Moro había estudiado con su equipo la viabilidad de aquel ambicioso proyecto. Era la primera vez en el mundo entero en que un enorme transatlántico se volvía a subir a los carros de un astillero y se convertía en un gigantesco barco factoría al que irían a descargar los pesqueros y donde ya se procesaba y congelaba el pescado que capturaban los buques más pequeños. Moro le dijo muy serio al gran patrón y fundador de Pescanova: «Don José no salen los números», a lo que respondió don José: «Moro, vamos a echar los dados». Y aquella decisión transformó para siempre a la compañía y la convirtió en la primera multinacional pesquera del mundo, con sede en Vigo. Es más, hoy Vigo es deudor de la persistencia de este hombre y de su apuesta por la pesca y el congelado.

Me atrevo a decir que, a José Fernández López, como a todos lo que en alguna ocasión fueron grandes empresarios, no le interesaba el dinero, le seducía y le movía la obra. Sus retos eran la próxima empresa: los mataderos, las vitaminas, los minerales, las frutas, los abonos, los trenes para transportar, los grandes barcos para pescar, las nuevas factorías para las nuevas medicinas, y tantos y tantos retos que se autoimpuso y que sirvieron de motor de su vida. Una vida que no ha recibido todos los reconocimientos que se merecía. Todavía hoy José Fernández no ha recibido la gratitud y el agradecimiento a los que se hizo acreedor. Nos queda, a quienes intervenimos en este proyecto literario, y muy especialmente a sus hijos y de manera sobresaliente, a José María, la satisfacción de que estas páginas reivindicarán su nombre, al mismo tiempo que servirán de acto de justicia con un hombre tan discreto que jamás reclamó nada.

Prueba de que no le interesaba el dinero es su callada y discreta labor de mecenazgo. José Fernández fue el mayor mecenas de los museos de Pontevedra y Lugo. Fue un apasionado del arte, tanto gallego como español en general. Llegó a ceder en depósito el mayor grueso de la colección de pintura del Museo de Pontevedra, hasta el punto de que se creó un pabellón que lleva su nombre. Su filantropía era de la buena. Su mano izquierda no sabía lo que hacía su mano derecha. Y no solo eso, sino que ayudó en silencio a muchos intelectuales galleguistas que vivían en una orfandad económica. Leyendo el libro de Marisa Gallero me llamaron la atención muchos aspectos de la vida de José Fernández. Uno de ellos fue la generosidad con que apoyó a la Misión Biológica de Galicia, con sede en

Pontevedra. Marisa encontró el documento por el que nuestro protagonista daba un crédito de 300 000 pesetas a la Misión, con un plazo de diez años, sin interés alguno. El crédito creo que nunca llegó a devolverse. Él sabía, sin embargo, la importantísima labor de aquella iniciativa científica y su repercusión en el campo gallego.

Lejos de mí se encuentra la intención de destripar el riguroso y ameno texto de Marisa Gallero, la autora de esta fascinante historia. Les animo a continuar y adentrarse en una lectura que les conmoverá. Solo me queda aportar la intuición que el investigador suele encontrar cuando estudia a algún personaje. Quien de verdad indagó y llegó a lo mollar de la vida y personalidad de José Fernández fue Marisa, pero yo también estuve un tiempo merodeando por los aledaños históricos de nuestro protagonista. Alcancé una conclusión escuchando a quienes lo conocieron, leyendo algunos textos y escudriñando en algunas fotos: José Fernández López era un hombre fundamentalmente bueno. Me contaron que, cuando ya era un gran empresario de éxito, uno de los directivos de Zeltia lo llevaba desde Porriño al aeropuerto de Peinador, en Vigo; de repente, vio un grupo de vacas pastando en un amplio prado y le pidió al directivo que parase el coche. Se bajó, colocó los brazos sobre la valla del cierre del prado y estuvo contemplando en silencio aquel ganado, cómo mansamente comía en el atardecer vigués. Quien le acompañaba me relató que pudo vislumbrar un pequeño atisbo de emoción en sus ojos. Tal vez los recuerdos, de manera fugaz, le trajeron tiempos perdidos de infancia o recuerdos de sus raíces. Sin duda, un hombre bueno.

Bieito Rubido
Director de *El Debate*

TRAS LOS PASOS DEL EMPRESARIO INVISIBLE

«¿Cómo contamos el pasado? ¿Llegamos a atraparlo alguna vez?».

El loro de Flaubert, Julian Barnes

En la *Enciclopedia de los muertos*, de Danilo Kiš, la protagonista del relato pasa la noche en una biblioteca cerrada, donde en salas idénticas, comunicadas por un estrecho pasadizo, cada una contiene una letra del abecedario de la *Enciclopedia*, donde se ordena toda la vida de los que ya no viven. Se puede leer hasta que llegue el alba la biografía de los que han desaparecido, con párrafos descritos con muchísimo detalle, tanto de hechos como de sentimientos, e incluso percepciones, para rescatar el pasado caído en el olvido.

Esa es la premisa de esta biografía, rescatar del olvido la figura de uno de los empresarios más influyentes e innovadores del siglo XX, que hoy día es un completo desconocido. Un auténtico visionario que supo adelantarse a su tiempo. Sin miedo al riesgo apostó en solitario por dos mataderos industriales en quiebra durante la república. Financió la compra del último ejemplar porcino de un linaje en extinción para quitárselo a los ingleses en plena guerra civil. Fundó junto a sus hermanos un laboratorio químico en el inicio de la posguerra. Dio cobijo a científicos represaliados durante la dictadura. Creó la primera multinacional de transportes especiales ferroviarios (y sobrevoló Alemania en plena Segunda Guerra Mundial, con todas las luces del avión apagadas mientras veía cómo caía una tormenta de bombas, para comprar vagones). Patentó un sistema de cambio de ejes para unir por tren España

con Europa, en el paso de los Pirineos, sin hacer transbordo en la frontera. Edificó viviendas bonificables, puso en marcha economatos y ayudó a crear bibliotecas, institutos y hospitales durante los años del hambre. Apostó por la minería en busca de estaño para fabricar sus propias latas de conserva, y así nació la marca Apis; o el caolín necesario para la síntesis del moderno insecticida DDT, donde ZZ es un referente. Explotó el primer yacimiento de minerales de titanio y de litio. Se asoció con cinco laboratorios para producir antibióticos durante la autarquía. Invirtió y proyectó la primera flota de barcos congeladores de Europa y la tercera del mundo. Constituyó las primeras sociedades mixtas del sector pesquero en África y se extendió a otros continentes. Cultivó la primera plantación de kiwi europea. Financió el legado de Castelao a su viuda para que no le faltase de nada en sus últimos años. Donó obras de arte, colecciones de antigüedades y restos arqueológicos.

Se llama José Fernández López. Y se trata del Matadero Industrial de Mérida y de Porriño. De Zeltia, Titania, Transfesa, Corchera Extremeña, Antibióticos, Frigolouro, Pelefisa, Frigsa, Ifesa, Litia, Pescanova, Sea Harvest Corporation, Actinidias Chinensis, entre tantas. José Fernández quería que hablasen sus compañías. Y lo consiguió. Él sería invisible. Ese era su lema: «La importancia la tenían las empresas, nunca el empresario».

Si la *Enciclopedia* existiera, no solo relataría esos hechos, sino que desvelaría su alma. Y se podría leer cómo quedó marcado por la muerte de los suyos. La de su madre, que le llevo al inhóspito internado de la orden de los agustinos, donde tuvo que valerse por sí solo y cuidar de su hermano más pequeño. La de su padre, que le sacó el carácter para defender el negocio familiar, le independizó y forjó su espíritu. La de sus *irmaos*, marcados por la guerra civil y la represión, que le hizo más taciturno y discreto.

Se narraría cómo le gustaba escaparse hasta Pintín para saludar a la familia de su madre. Sus paseos infinitos para visitar librerías, alamedas y anticuarios. Su red de amigos entrelazada durante años. Sus jornadas kilométricas que terminaban de la oficina al tren nocturno para amanecer en Madrid o en Vigo. Sus conversaciones en gallego, con su eterno cigarrillo entre los labios o los dedos.

Se leería infinitas líneas que tratarían del valor que le daba a las personas que le rodeaban, sus cualidades y por qué confiaba en cada una de ellas o qué decepciones se llevó y no contó, y cuántas alegrías. O hubiera detallado sus rasgos paradójicos. Cómo era reservado, pero curioso. Solitario, pero afable. Intrépido, pero tranquilo. Un hombre que unificaba el tiempo de la siembra con la cosecha.

Si la *Enciclopedia* existiera, quedaría reflejado el amor por su *terra*, la suya, su Galicia, y la adoptada, Extremadura.

Pero como esa *Enciclopedia* solo existe en el relato de Danilo Kiš, quedan aquí algunos pasos de José Fernández López. Tras esos pasos, los pasos de un empresario invisible, has indagado en sus raíces, en dónde empezó todo, en tierra de Sarria, para descubrir el germen de labriegos emprendedores, que sembraron los cimientos de un imperio. José Fernández heredó ese espíritu inconformista y audaz. Has visitado

el antiguo internado en Tapia de Casariego, para entrever cómo fue su infancia, ilustrada por las conversaciones con su familia. Has localizado cómo fueron sus rebeldes años veinte en la capital, donde prendió su espíritu galleguista. Has seguido la pista de cómo se adhirió a la piel de su padre en el negocio de compraventa de ganado. Has tejido cuál era su red de amigos, de hombres de confianza para toda la vida, de una generación. Has investigado en cuanto archivo tuviera alguna información que detallase cómo era José Fernández, por mínima que fuera. En Sarria, Lugo, Santiago de Compostela, Porriño, Vigo, Redondela, Pontevedra, Salcedo, La Coruña, Puenteceso, Lage, Villagarcía de Arousa, Moaña, Mérida, Badajoz, Madrid, Alcalá de Henares, León e, incluso, Cádiz. Has visitado fundaciones, bibliotecas, museos, instituciones en busca de su rastro. Has conversado con familiares, amigos y antiguos trabajadores. Has buceado en hemerotecas, en archivos donde guardan la memoria en papel o en microfilm; en un almacén lleno de cajas sin orden o has cruzado centenares de veces la escalinata de la Biblioteca Nacional para encontrarlo entre las líneas de los libros. Has localizado documentos inéditos, fotografías, y has reconstruido cuál fue su antigua colección de arte. Y, quizás, solo te has acercado una ínfima parte a la quintaesencia de un hombre tan polifacético.

Este es el relato de uno de los empresarios que ha marcado los pasos del siglo XX para que ya no quede en el olvido.

1.
Raíces

Testimonio de oídas

Durante el siglo XIX

«Nací de padres respetables pero honestos, es decir, en un mundo en el que la palabra *respetabilidad* aún no era solo un insulto, sino que todavía conservaba una débil conexión filológica con la idea de ser respetado».

Autobiografía, G. K. Chesterton

El año que el patriarca del clan Barreiros, Marcos Fernández, compró la finca que llevaría ese nombre y que cambiaría el destino de sus descendientes fue un año decisivo en la vida de Isabel II y en la historia del liberalismo español del segundo tercio del siglo XIX[1].

—¡Abajo Espartero! ¡Mayoría de la reina!

Era el grito que lanzaron los generales Prim y Milans del Bosch, en Reus, tras la disolución de las Cortes a finales de mayo de 1843. Las sublevaciones contra

[1] Burdiel, Isabel, *Isabel II. Una biografía (1930-1904)*, Debolsillo, 2018, p. 119.

Espartero corrían como la pólvora por todo el país. Dos meses más tarde, las tropas del general Narváez desfilaban bajo las ventanas del Palacio Real. Era el fin de la regencia del general del pueblo y el paso previo para el adelanto de la mayoría de edad de la reina con tan solo trece años[2].

El 28 de julio de ese año, el tatarabuelo del protagonista de esta biografía adquirió una casa llamada de Barreiros, propiedad que obtuvieron los agustinos del monasterio de la Magdalena de Sarria tras la desamortización de Mendizábal. Dos días después, Espartero embarcaba desde el Puerto de Santa María hacia Inglaterra donde le recibieron como un héroe romántico.

Los antepasados de José eran labriegos que trabajaron la tierra de otros por generaciones y desde siglos, como la inmensa mayoría del pueblo de Galicia. La tierra era la que marcaba la riqueza. O la pobreza. Y Marcos Fernández dio un paso determinante en sus vidas al comprar a plazos dos rentas forales en Sarria, apenas a tres kilómetros de su aldea natal, Barbadelo, otra pequeña villa en la ruta francesa del Camino de Santiago fundada por el rey Alfonso IX de León (que falleció allí mismo en 1230 cuando iba en peregrinación a Compostela para agradecer al apóstol los avances contra los musulmanes en Extremadura).

Galicia era campesina. Sinónimo de tierra. «Algo íntimo y dulce —en palabras de Emilia Pardo Bazán—, algo quizás más caro al corazón, más necesario para la vida que la misma patria»[3]. Una región mágica, aislada y ensimismada donde la vida corría paralela al son de las campanas de las parroquias y al ritmo de las cosechas de *milho* (maíz) y centeno. El campesino se desangraba para pagar la renta foral, los diezmos y otros tributos onerosos que le sometían a esa tierra de la que dependía para sobrevivir. ¡Cómo imaginar ahora la suerte de aquellos paisanos y sus más íntimos anhelos!

Al examinar la documentación de la época del antepasado de José Fernández, como si te convirtieras por un momento en el personaje de Julián Álvarez, el capellán recomendado por el señor de la Lage a Pedro Moscoso, más conocido (sin serlo) como el marqués del Pazo de Ulloa, has intentado iluminar las cuitas de una estirpe que escaló de clase social con esfuerzo y trabajo, clasificando escrituras de hace dos siglos en una «madeja sin cabo, en un laberinto sin hilo» y sin «polvo enseñoreado desde tiempo inmemorial»[4] (que agravaría tu alergia). Tan solo ampliando en el ordenador las imágenes escaneadas por el tercer Marcos Fernández de la familia y armándote de paciencia para sumergirte en un submundo de escritos indescifrables, como bien los describía la condesa[5].

---

[2] Burdiel, Isabel, *op. cit.,* p. 121.

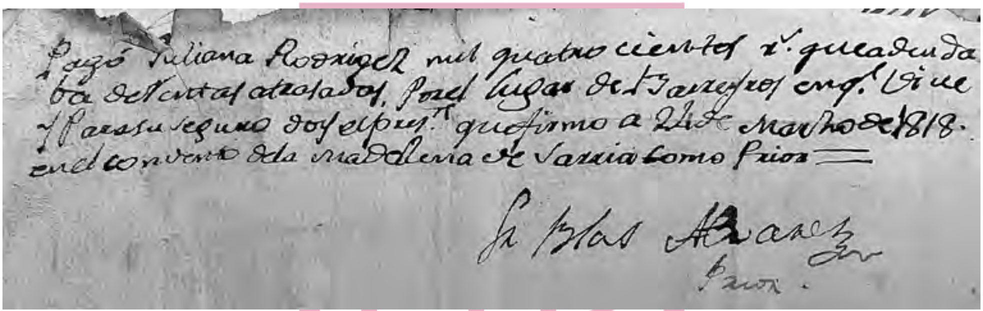
[3] Pardo Bazán, Emilia, *De mi tierra*, Edicións Xerais de Galicia, 1984, p. 40.

[4] Pardo Bazán, Emilia, *Los pazos de Ulloa*, Penguin Random House, 2015, p. 71.

[5] «Se desojaba para entender la letra antigua y las enrevesadas rúbricas de las escrituras; y se asombraba de que para cobrar tan poco dinero, tan mezquinas cantidades de centeno y trigo, se necesitase tanto fárrago de procedimientos, tanta documentación indigesta». Pardo Bazán, Emilia, *op. cit.,* p. 72.

En abril de 1815, aparece en los archivos el nombre de Juliana Rodríguez, una «mujer libre mayor de veinticinco años», que aún no se había casado con el tatarabuelo de José Fernández (y ni siquiera se sabe si por aquellos días estaban de novios), que se unía con un contrato eterno a la jerarquía eclesiástica local en manos del padre agustino frey Blas Álvarez por los arriendos de Barreiros y Nabas (tampoco se imaginaba por entonces la Iglesia que perdería en treinta y tres años gran parte de sus bienes terrenales).

A la vista de los documentos fue, inusitadamente, la joven Juliana de Mouzós, sin tutelas ni tutías, quien arrendó al convento de la Magdalena los terrenos y la casa situada en el camino real a Sarria, por el pago a plazos de tres mil reales de vellón. Los mismos que unas décadas más tarde compró el que fue su marido. No deja de sorprender esa titularidad en tiempos en los que la mujer se mantenía en un segundo plano y eran contadas las que eran propietarias, la mayoría por ser viudas, y muy pocas de ellas solteras.



Los 1400 reales de vellón que todavía adeudaba Juliana Rodríguez por los arriendos de Barreiros se pagaron el 24 de marzo de 1818 en el convento de la Magdalena. Archivo Marcos Fernández Puentes.

Juliana también se comprometía por ese «foro perpetuo y sin reclamación para siempre jamás»[6] a pagar a la comunidad agustina una renta anual de trece fanegas de «buen centeno puro, seco y limpio», que se cargaban en un carro para dejarlos en la puerta del convento; un carnero «gordo» y dieciséis libras de tocino «comenzando en el presente año y siguiendo en todos perpetuamente», a cambio de quedarse los frutos que le dieran sus cosechas. Era como sentenciaba Saramago en *Levantado del suelo*: «Ahí está la tierra y quien ha de trabajarla». ¡Hasta que vuelvas a ella! Esos hombres y mujeres sin historia, que vivían al compás de las siembras con escasas

[6] El foro perpetuo es una figura jurídica que pervivió principalmente en el noroeste de España hasta finales del siglo XIX. Es un contrato consensuado por el cual alguien, como propietario, cede a una persona el dominio útil de unas parcelas de tierra por el pago de una renta anual. Generalmente, como apunta el cronista de Sarria Jaime Félix López Arias, «por vida de tres reyes y 30 años más».

esperanzas de medrar, tendrían una oportunidad a la sombra de las medidas liberales de Mendizábal aprobadas por Real Decreto por la regente María Cristina de Borbón en nombre de su hija la reina Isabel. Una medida con el único objetivo de «aliviar la deuda de la nación». Todo gracias a una mera cuestión de liquidez.

La desamortización de las tierras eclesiásticas y su venta en pública subasta fue un duro golpe para el clero regular, que vivía básicamente de las rentas pagadas en especie. También pondría en movimiento al Vaticano con una lluvia de excomuniones y anatemas (que en aquella época eran mucho más sentidas). «En total, entre 1836 y 1844, fueron vendidos bienes por un valor de 3500 millones de reales, es decir, el sesenta por ciento de todos los bienes raíces de la Iglesia»[7] y, según los datos recogidos por Xosé Cordero, «era un asunto mayoritariamente gallego»[8].

Aunque aquella *miña terra*, como escribía Rosalía de Castro, todavía no cumplía la reivindicación de «la tierra para quien la trabaja»[9]. En una clasificación sociológica de los compradores de la provincia de Lugo, elaborada por el historiador gallego Ramón Villares, se señala que la nobleza se apropiaba de algo más de la quinta parte de los remates; la burguesía, en clara situación de hegemonía, casi triplicaba el valor adquirido por nobles e hidalgos; y el campesinado elevaba su proporción al quince por ciento de las ventas[10]. Así el marido de Juliana, Marcos Fernández, formaba parte de ese mínimo porcentaje de campesinos que se esforzaron por aprovechar las decisiones auspiciadas por la revolución liberal para consolidar su posición en el corazón de la sociedad rural gallega, después de décadas de arrendamiento. Labradores hechos a sí mismos que conseguían por méritos propios el tratamiento de «don»[11] tan preciado.

No has conseguido ninguna imagen del matrimonio que transmita su carácter, tan solo la firma de don Marcos Fernández al dorso de las cartas de pago que le uniría aún más a las tierras de Sarria.

El tatarabuelo de José Fernández López compró dos rentas forales al monasterio de la Magdalena, que durante siglos fue habitado por la Orden de San Agustín hasta su exclaustración en septiembre de 1835. Los pagos al clero regular, que rezan ante la Administración de Bienes Nacionales de la provincia de Lugo, llegaron,

---

[7] Abós Santabárbara, Ángel Luis, *La desamortización de Mendizábal a Madoz. Modernidad y despojo*, Editorial Delsan, 2009, pp. 167-168.

[8] El peso de Galicia en la venta de rentas representaba hasta 1844 el 69.04 % del total nacional. Cordero Torrón, Xosé, «Los foros en la desamortización. Etapas de Mendizábal y Madoz», *Revista Galega de Economía*, vol. 25-1, 2016, pp. 36-37.

[9] Vicente Risco reclamaba en *El problema político de Galicia*, en 1930, que una de las soluciones para una Galicia básicamente campesina era que «la propiedad rural pase a manos de los que trabajan la tierra» reivindicando la reforma agraria que no se puso en marcha con la desamortización de Mendizábal.

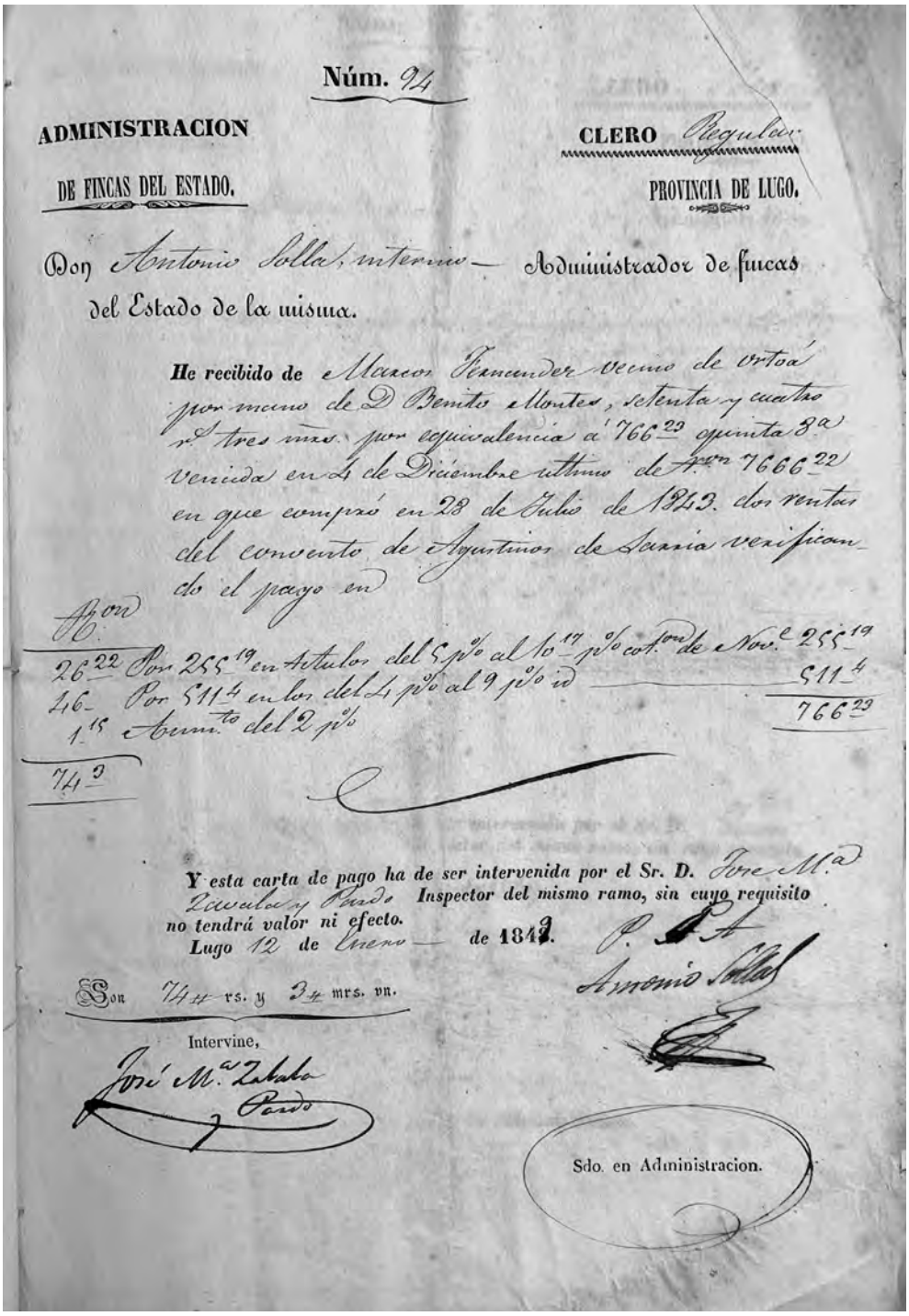
[10] Villares Paz, Ramón, «*Desamortización e réxime de propiedade*», Edicions A Nosa Terra, 1994, p. 188.

[11] Villares Paz, Ramón, *op. cit.,* p. 152.

que se tenga constancia, hasta el 20 de diciembre de 1851, fecha en la que se abonó «la última octava de la finca». Antes hubo algún impago, como queda reflejado en una notificación que recibió el patriarca, a primeros de 1849, para que solventara antes de que pasaran 25 días el recibo vencido de 766 reales. «En la inteligencia de que, si así no lo hiciese, incurrirá usted en la pena, no solo de la ocupación o secuestro de las ventas, sino en la ejecución de sus bienes propios y en las costas y gastos que se originen por su morosidad y falta de cumplimiento del contrato». Asimismo, el padre de Juliana nombró a su yerno Marcos, en octubre de 1843, «apoderado de confianza» para administrar las tierras y fincas en la parroquia de Meijente en el municipio de Sarria.

Firma de Marcos Fernández al dorso de una carta de pago de la compra de la finca de Barreiros. Archivo Marcos Fernández Puentes.

La adquisición del emblema familiar fue antes de que se suspendiera, el 3 de abril de 1845, la venta de bienes desamortizados y se devolviera a la Iglesia los que aún no habían sido enajenados, cuando llegaron los moderados al poder bajo la batuta del general Narváez. La casa de piedra de dos plantas de Barreiros, que cruzaba el camino real como si fueran las líneas de la palma de la mano, marcó el destino de sus herederos, como le sucedió al hijo de Juliana y Marcos, Manuel Fernández, bisabuelo de José.



Núm. 94

ADMINISTRACION DE FINCAS DEL ESTADO.

CLERO Regular

PROVINCIA DE LUGO.

Don Antonio Solla, interino — Administrador de fincas del Estado de la misma.

He recibido de Marcos Fernandez vecino de Ortoá por mano de D. Benito Montes, setenta y cuatro r.s tres mrs. por equivalencia á 766.23 quinta 8.a vencida en 4 de Diciembre ultimo de A.on 7666.22 en que compró en 28 de Julio de 1843. dos rentas del convento de Agustinos de Sarria verificando el pago en

R.on		
26.22	Por 255.19 en Actulos del 5 p% al 10.17 p% cot.on de Nov.e	255.19
46	Por 511.4 en los del 4 p% al 9 p% id	511.4
1.15	Aum.to del 2 p%	766.23
74.3		

Y esta carta de pago ha de ser intervenida por el Sr. D. Jose M.a Zavala y Pardo Inspector del mismo ramo, sin cuyo requisito no tendrá valor ni efecto.

Lugo 12 de Enero de 1843.

P. A.

Antonio Solla

Son 74 rs. y 3 mrs. vn.

Intervine,

José M.a Zabala Pardo

Sdo. en Administracion.

Las cartas de pago tienen una preforma donde solo varían las cantidades a pagar en reales. Archivo Marcos Fernández Puentes.

Vista de la casa Barreiros en el camino real de Sarria (Lugo). Archivo Marcos Fernández Puentes.

Además de estas escrituras, otra parte de la información proviene, según dijo Chesterton, de «simples testimonios de oídas». Memorias familiares que, junto a los datos oficiales, arman el relato de los pasos tanto del protagonista, José Fernández López, como de sus antepasados y de su generación. Apuntes biográficos, documentos y fotografías, anécdotas y percepciones a las que aferrarse para configurar el perfil de un hombre, que era pura discreción. Su rastro lo marcó el triunfo de sus compañías, algunas tan populares que cualquiera que haya vivido durante el siglo XX habrá oído hablar de ellas. ¿Quién no escuchó el eslogan «Si mata es ZZ» de la emblemática Zeltia? ¿Quién no recuerda el socorrido *foie-gras* Apis «de toda confianza»? ¿Quién no reconoce el inconfundible impermeable amarillo del capitán Pescanova y el acento argentino de Rodolfo Langostino? Pero para llegar a esa historia todavía quedan unas décadas por delante.

De primeras, en tierras de Sarria comenzaba todo. En una pequeña aldea en un valle rodeado de montañas y prados, en la parroquia de Santa María de Ortoá (de huerto, tierra de hortelanos), donde continúa el panteón familiar y se encuentra enterrado el segundo Marcos Fernández, hijo mayor de Manuel Fernández y Manuela González. Su lápida de granito está sin inscripción, que recuerde su nacimiento ni su muerte (1851-1930). Al lado, la tumba de su hermana María Dolores, que vivió 103 años y hasta los ochenta hacía 30 kilómetros a pie —desde Barreiros hasta Lugo—, enterrada junto a su una única hija, Carolina.

A la izda., la parroquia de Santa M.ª de Ortoá en tierras de Sarria en la actualidad. A la dcha., Panteón familiar, la lápida sin inscripción de Marcos Barreiros; y a la izquierda, la de su hermana M.ª Dolores. Fotografías de la autora.

Aún hoy la parroquia, escenario de bodas y bautizos de las siguientes generaciones, se yergue solitaria en esos campos en los que el sol se abre tímidamente paso entre la neblina los pocos días que no llueve, como una postal de otros tiempos sin que haya ninguna diferencia con aquellas tierras del XIX. A mediados de ese siglo nacieron los abuelos de José Fernández López y sería difícil entender su tenacidad empresarial si no se tuviera en cuenta sus raíces.

El segundo Marcos (primogénito de Manuel Fernández) fue conocido, como era costumbre, por el nombre de la finca y no por sus apellidos: Marcos de Barreiros. Nacido un mes antes de que el Gobierno de Bravo Murillo firmara el Concordato de 1851, por el que la Santa Sede reconocía las ventas realizadas de bienes desamortizados y se comprometía a no molestar jamás a sus compradores[12].

Eran los últimos años de la década moderada y el inicio de la era del ferrocarril, cuando el país gobernado por una inconsciente joven reina debatía nuevas concesiones. «En 1850 había solo 22 500 kilómetros de vías férreas en todo el continente; en 1900, más de 288 000»[13]. El 25 de agosto de 1852, Isabel II inauguró la línea de Langreo ante una multitud expectante por la llegada del símbolo del progreso, como se puede contemplar en el cuadro, que es más un documento de la época, perfilado por el paisajista romántico Jenaro Pérez Villaamil[14]. Tardó otros tres años en promulgarse

[12] A cambio conseguían el compromiso estatal en la dotación de culto y clero, el derecho de la Iglesia a adquirir y poseer propiedades, la devolución de los bienes desamortizados no vendidos, el restablecimiento de las órdenes religiosas, y el control sobre la educación y la imprenta. Burdiel, Isabel, *op. cit.,* p. 235.

[13] MacMillan, Margaret, *1914. De la paz a la guerra*, Turner, 2013, p. 47.

[14] *Inauguración del ferrocarril de Langreo por la reina Isabel II* de Jenaro Pérez Villaamil se encuentra en el Ministerio de Obras Públicas. De este pintor, José Fernández López donó en 1961 un óleo titulado *Paisaje* (1848) al Museo de Pontevedra.

una Ley General de Caminos de Hierro, que pretendía imitar el modelo europeo y promovió el desembarco de capitales extranjeros.

Pero «¿qué le importaba a Galicia las luchas políticas donde se barajan entorchados, constituciones, conjuras de salón o de sacristía, que llenaban el reinado de Isabel II?», como se preguntaba el escritor Ramón Otero Pedrayo[15]. El único pensamiento era resistir. Eso era lo que les preocupaba. Los levantamientos de los campesinos se extendían por toda España, pero Manuel Fernández (hijo del primer Marcos Fernández), ya tenía suficiente con ponerle puertas al campo lidiando con las lindes y el agua que le arrebataban sus vecinos. No solo se heredaba la tierra, sino también sus controversias y disputas.

Los prados de sus padres, Marcos y Juliana, colindaban con la propiedad de los hermanos Juan y Rosa López, que a hurtadillas habían conducido el agua hasta sus terrenos. Manuel tuvo que aclarar al juez de paz, en febrero de 1859, que esas aguas que manaban, regaban y fertilizaban sus prados desde tiempo inmemorial se la robaban a escondidas sus vecinos. A pesar de ganar el acto de conciliación, las diferencias continuaron veintitrés años más por culpa de unas escrituras redactadas con «poca inteligencia y claridad». Lo que no quedaba registrado, no existía. Y en diciembre de 1881, Manuel, viudo y con cincuenta y cuatro años, tuvo que firmar un reconocimiento de servidumbre con su vecino repartiéndose el agua durante tres días y medio cada uno.

A esos problemas colaterales se le sumaba que la explotación de la tierra no era suficiente para el mantenimiento de una familia numerosa —Manuel tenía seis hijos: Marcos, Josefa, José, Clemente, Benita y María Dolores—. La vida de los labradores era muy pobre y la alimentación escasa, como contaba el ensayista Vicente Risco en *El problema político de Galicia*: «Ellos mantienen vacas, pero no comen carne de vaca más que en días extraordinarios; mantienen cerdos, pero de ellos no comen más que algún tocino; tienen gallinas, pero no comen los pollos ni los huevos. Sus casas son pobres y mal alhajadas y el trabajo es duro, principalmente para las mujeres...»[16]. Más bien comían alrededor del fuego del lar el imprescindible puchero, donde flotaba el tocino, el repollo, las berzas y nabizas, acompañado de pan negro de centeno, cuando todavía el hogar se alumbraba con un velón de aceite y el agua se sacaba de un pozo cercano. Era el tiempo de lo más básico. De conversaciones con olor a tierra mojada y con el rumor del viento que agitaba los castaños como única melodía.

La prole de Manuel no era la excepción, por mucho que su padre tuviera fama de hombre inteligente, había muy pocas trazas de revertir aquella situación al recibir una educación precaria. Para dos parroquias había un aldeano que impartía lecciones de primera enseñanza algunos meses del año por una modesta asignación,

[15] Otero Pedrayo, Ramón, «Ensayo histórico sobre la cultura gallega», *La Voz de Galicia*, 2004, p. 198.

[16] Risco, Vicente, *El problema político de Galicia*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930, p. 91.

siempre que no tuvieran que «atender al pastoreo de ganado». En un manuscrito de Clemente, uno de sus hijos pequeños, relata en una suerte de memorias los años de picaresca antes de convertirse en millonario.

Con doce años, Clemente Fernández González (tío abuelo de José), nacido en 1857, pensaba que no podía seguir en esas tierras de Sarria, «porque no podría ver más que lo que veía todos los días, lo que me alcanzaba la vista, y esta era mi constante pesadilla». Así que, con dieciséis años, acompañó a su padre Manuel a Madrid para quedarse allí, ya que llevaba a algunos amigos de aquellas aldeas encargos de carnaval de sus familiares. Aunque la verdadera finalidad era mercadear con productos del ejido, «que iban en un carro, único medio de transporte hasta Medina del Campo, donde llegaba el ferrocarril».

El Madrid que acogió a Clemente ya no estaba bajo el influjo crepuscular de la camarilla de Isabel II —que abdicó dos años después de la sublevación liberal que estalló en Cádiz conocida como la Gloriosa—, sino bajo la Primera República, tras el breve reinado de Amadeo de Saboya, que se despidió amargamente de una «España que vive en constante lucha» y cuyos enemigos eran los propios españoles[17]. Su primer empleo fue en una modesta carnicería en la calle Jacometrezo. La misma calle sórdida que antes de la construcción de la Gran Vía llegaba hasta la Red de San Luis.

Su hermano mayor, Marcos Barreiros (abuelo de José Fernández), era quien heredaba gran parte de los extensos, aunque poco fértiles terrenos de cultivo, junto a la casa labriega; las caballerizas y el corral por la ley de mayorazgo. Así que no es de extrañar que Clemente se fuera a la aventura. A esos bienes, la familia sumaba, según documentación del siglo XVIII[18], una taberna en el cruce de caminos de Portomarín con el de Lugo a Lemos, en la que ejercía de patrón, y que se había convertido en el centro de reunión social de la comarca.

Allí llegaban las ráfagas de lo que acontecía en las Cortes por el pasar de boca en boca. Los ecos de la revolución, la exaltación política, el primer atentado contra un presidente del Gobierno —el asesinato dentro de su carromato del general Prim—, dos constituciones, los movimientos de Cánovas del Castillo para restaurar la dinastía Borbón en el hijo de la reina destronada, Alfonso XII, o su romance con su prima María de las Mercedes que terminó en boda, a pesar de la cólera de su madre, y en tragedia cinco meses después —«¿Dónde vas, Alfonso XII? ¿Dónde vas triste de ti?»—. España vivía a una velocidad vertiginosa.

El carácter juerguista de Barreiros, un pelirrojo de armas tomar, unido a su innata generosidad lo convertían en un personaje querido y conocido por sus paisanos en varias aldeas a la redonda y por ser su posada un punto neurálgico al cruzarse los caminos, uno de ellos el de Santiago. Como narra el galleguista Avelino Pousa Antelo, todos los 25 de abril, día de su nacimiento, lo celebraba subiendo los casi novecientos

[17] Discurso de despedida de Amadeo I en el palacio de Madrid, el 11 de febrero de 1873.

[18] Pousa Antelo, Avelino y Arias, Valentín, *Antonio Fernández López: empresario, reformador e filántropo*, Ir Indo Edicións, 2001, p. 5.

metros abruptos del monte del Páramo, en la parroquia de San Miguel de Biville, apenas a media hora de su casa, acompañado de una yegua cargada con vino, aguardiente, anís y moscatel, queso, chorizos, jamón y chocolate para convidar —día y noche— a todos aquellos que se acercaban hasta la ermita de San Marco[19].

Casado con Aquilina Carmen Petra, de la rama de los Pintín, natural de San Fiz de Reimóndez, tres años mayor que su marido, tuvieron siete hijos: Antonio, Juana, Emilio, Francisca, Manuela, Manuel y Matilde. El heredero nació en la casa de Barreiros, a las doce de la mañana de un domingo 3 de septiembre de 1876, y lo bautizaron con el nombre de Antonio María, un día después en la pequeña parroquia de Santa María de Ortoá[20]. ¡Cómo lo celebraría Marcos, a la manera de la romería, para que fuera el abuelo paterno quien fue hasta Sarria para inscribir al pequeño por «indisposición del padre»! Manuel siempre estaba para cumplir religiosamente con todo el mundo. Era el auténtico sostén de la casa Barreiros. Así, en mayo de 1877 pagó en monedas de oro los 400 reales que le restaban a su hermana María Vicenta de la dote que le correspondía por la legítima, 5020 reales de vellón. O, en marzo de 1899, terminó de abonar la cantidad de 1310 pesetas de la dote de su hija María Dolores.

No fue hasta los años ochenta del siglo XIX cuando las vías del tren conectaron Lugo con el resto de España. Un grupo de diputados de la zona Noroeste —Galicia, Asturias, León y Palencia— presentaron en el Congreso, en 1858, una proposición de ley con el objetivo de conseguir la unión con esta línea férrea para llevar el ansiado progreso económico. Los caminos de hierro en España se eternizaban con respecto a Europa y se ralentizaban aún más hacia Galicia. Lo contaba el periódico *El Avisador*, en julio de 1871: «Parece mentira que desde el mes de septiembre de 1864 en que se subastó nuestra vía férrea, no haya un solo kilómetro en explotación, es decir, que en siete años no se ha hecho más que explotar... al país, que ha dado la octava parte del dinero que costaron los demás de España»[21].

Veinticinco años después de que la reina Isabel II inaugurase las obras, veinticinco años desde su concesión por ley en 1858, se logró hacer realidad el largo sueño, convertido en reiterada pesadilla, del engarce gallego con la meseta[22]. La estación de la ciudad amurallada se convirtió «con enorme diferencia en el principal centro

[19] Avelino Pousa Antelo escribió la biografía de uno de los nietos de Marcos, Antonio Fernández López, hermano mayor de José. Fue el director de la Escuela Agrícola de la Granja Barreiros que impulsó Antonio en la casa natal de Barreiros. Pousa Antelo, Avelino y Arias, Valentín, *op. cit.,* p. 6.

[20] Un mes más tarde, en Madrid, fue la apertura del primer curso de la Institución Libre de Enseñanza fundado por un grupo de catedráticos, entre los que se encontraba Francisco Giner de los Ríos, que buscaba el cambio del individuo a través de la educación con un modelo pedagógico más progresista, una de las apuestas del padre de José Fernández López, Antón de Marcos.

[21] Veiga Alonso, Xosé R., *La utopía ferroviaria de la Galicia decimonónica: la línea Palencia-A Coruña (1858-1883)*, Universidad de Santiago, 1999, p. 5.

[22] Veiga Alonso, Xosé R., *op. cit.,* p. 6.

de embarque de ganado de toda España y los antepasados de José Fernández López en uno de los pioneros en este negocio»[23].

La aventura se les ocurrió a los hermanos pequeños de Marcos Barreiros, Clemente y José, al intuir lo poco que heredarían. Clemente pensó que no perdía nada por tentar a la suerte, después de malvivir con distintos trabajos en Madrid durante siete años, y montar un puesto de carne en su tierra, donde solo ganaba para ir tirando. Antes de que fuera realidad la línea férrea a Lugo, se atrevieron a conducir el ganado a pie recorriendo cien kilómetros durante cuatro días hasta la localidad leonesa de Toral de los Vados.

Esas veredas, como recreaba el inglés George Borrow cuando buscaba a tientas el camino de Villafranca del Bierzo, en las que en «noche cerrada, rodeados de bosques, la oscuridad era tal que apenas se veía a una vara más allá... donde ningún ruido interrumpía el silencio nocturno». Y se gritaba: «¿Quién vive?», para saber si quienes se cruzaban eran gente de bien o bandoleros. La respuesta habitual era: «¡España!»[24].

Era tiempo de ladrones y lobos. No había «pazo ni venta no asaltada, casi siempre con énfasis de valentía y exceso de crueldad»[25]. «Era como si estuvieran en el lejano Oeste», describe de forma visual Pedro Fernández Puentes, sobrino del protagonista de esta biografía. Tan solo había que intercambiar las inmensas praderas desiertas con sus solitarias plantas rodadoras por tierras verdes y húmedas con la eterna presencia de una lluvia tenaz, que no solo calaba hasta lo hondo el cuerpo, sino que les ensimismaba y les inundaba el alma.

Así lo cuenta el propio Clemente en unos manuscritos redactados a mano, como un pequeño legado de su memoria, encontrados por casualidad en su casa de Madrid más de medio siglo después de su muerte. «Esto ocurría a principios del 1883, los primeros vagones los llevó a Madrid mi hermano Pepe, tropezó con algunas dificultades, primero porque había que conducir el ganado por tierra y, como empezamos por terneras, estas se cansaban mucho. Las comprábamos en las ferias próximas a Lugo y hasta ponerlas en el tren tardábamos cuatro o cinco días. Las jornadas tenían que ser muy cortas y todas llegaban muy cojas, y se nos ocurrió hacerles unos zapatitos de suela. Esto nos dio buen resultado»[26]. La épica de gente con arrojo que se crecía con las dificultades.

---

[23] Carmona Badía, Xoán, *Empresarios de Galicia. De Lugo a Capetón: A traxectoria empresarial do grupo Fernández*, Centro de Investigación Económica e Financiera. Fundación Caixa Galicia, 2006, p. 434.

[24] Borrow, George, *La Biblia en España o viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*, Alianza Editorial, 1970, p. 280.

[25] Chao Espina, Enrique, *De Galicia en el pasado siglo XIX. Ladrones, lobos, villas, tipos populares y otros temas*, 1971, p. XV.

[26] Años más tarde, Juan Rof Codina, veterinario notorio en Galicia por su dedicación al estudio de la ganadería bovina gallega, se hacía eco de esta práctica: «Las carreteras de Galicia son de cuarzo, que desgastan como limas las pezuñas de los terneros tiernos que a la segunda jornada se quedan cojos. Los conductores del ganado llevan a prevención pedazos de suela que mediante

«En aquella época se consumía poca ternera y la que había era de Castilla y provincias próximas y estaban al frente de este negocio intermediarios poco recomendables», aseguraba Clemente. Toda esa operación requería una inversión más ambiciosa. Para costear la primera expedición de ganado vacuno a la capital, los hermanos Fernández González acompañados de un paisano de una aldea próxima llamado Pedro Rodríguez, quien luego se casó con una de sus hermanas, María Dolores, no dudaron en acudir al único banquero de Lugo, Ramón Nicolás Soler, al que propusieron financiar la adquisición de ganado mediante letras que harían efectivas una vez realizadas las ventas y los cobros. «Sin duda nuestra decisión le fue simpática», escribía Clemente, tío abuelo de José.

Ese mismo 1883, falleció en Sarria el tío abuelo de la madre de José Fernández, Antonio López Vázquez, que había prosperado en Madrid gracias a la industria chocolatera y otros muchos negocios. Su herencia fue administrada por dos de sus sobrinos —Antonio López Díaz y Eduviges— para que legasen a partes iguales entre sus hijos. Antes de abandonar la capital, ya enfermo, le vendió su negocio[27] en condiciones ventajosas a otro fabricante de chocolate, Matías López, también de Sarria, y famoso en su época (fue el primer industrial español en mostrar sus productos en la Exposición Universal de París de 1889).

De hecho, el propio Matías advertía al público de que rehuyera del chocolate de la competencia con su propio retrato en los envoltorios de chocolate. Y «para evitar equivocaciones» recomendaba que se fijaran «muy especialmente en el nombre Matías, pues había otros fabricantes que llevan el mismo apellido»[28]. Aunque esta advertencia no tenía nada que ver con Antonio López, el antepasado por línea materna de José Fernández, como señala uno de sus parientes.

Matías encargó por 8 pesetas al pintor y litógrafo Francisco Ortego Vereda el que se considera el primer cartel publicitario editado en España: *Los gordos y los flacos*[29]. Todavía hoy se acuerdan los lucenses de aquel anuncio del «antes y después de tomar el chocolate de López» y cómo sus madres se lo daban de merienda con pan para que engordasen, el ideal estético de la época. Incluso el pintor Gutiérrez-Solana se hacía eco del anuncio en su *Madrid callejero*. Pero esto es otra historia, como dijo Galdós, «por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela; pero esta no»[30].

---

unas cintas colocan a modo de zapatillas a las reses aspeadas». Una vez en el tren, metían en cada vagón de 36 a 42 vacas, según el tamaño, que llegaban a Madrid, «en bastante mal estado», y tenían que esperar a que se repusieran. Rof Codina, Juan, *La raza bovina gallega*, Imprenta de «Alrededor del Mundo», Memorias Premiadas en el Concurso de 1916, pp. 134 y 135.

[27] Según cuenta Antonio López Rodríguez, hijo de Luis, el hermano más pequeño de Carmen López Valcárcel.

[28] Sánchez Meco, Gregorio, *Cuando El Escorial olía a chocolate*, Ayuntamiento de El Escorial, 1996, pp. 13 y 20.

[29] Sánchez Meco, Gregorio, *op. cit.*, pp. 21 y 32.

[30] Pérez Galdós, Benito, *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, Tomo I, Reino de Cordelia, 2020, p. 79.

El primer cartel publicitario editado en España, «*Los gordos y los flacos*», ilustrado por Francisco Ortego Vereda, de 1871. Y una segunda versión con tres parejas, de 1874. Archivo Manuel de Cendra y Aparicio.

Igual de emprendedor y consciente de su ingenio era Clemente. A los pocos meses de embarcar ganado vacuno dirección a la meseta se había hecho con el negocio. «Me hice el amo del mercado», reconoció en su escrito. Tenía veintiocho años, los mismos que Alfonso XII cuando murió de tuberculosis. Las ventas se incrementaron de 40 a 60 vagones mensuales, para ampliar con la compra de bueyes, abasteciendo tanto al matadero de Madrid como a pueblos de las provincias de Toledo, Guadalajara y Murcia. En 1889, consiguió en subasta pública el monopolio del suministro de la carne de la Casa de la Beneficencia (junto a su socio asturiano Honorio Riesgo), sin escatimar en esfuerzos y desasosiegos cuando descubrió que no pagaban con puntualidad y solo cobró uno de los doce meses del año. «¡Cuántos malos ratos pase! No quiero ni acordarme. La cuenta excedía de 300 000 pesetas y cobré andando el tiempo en papel municipal, que se depreció hasta el cincuenta por ciento», se lamentaba.

El ferrocarril multiplicó el número de tratantes, pero siempre a la sombra del linaje de los Fernández. Entendían de ganado, pero además asumían riesgos y poseían talento y ambición para crecer. Ese espíritu emprendedor fue la sólida base de uno de los más poderosos grupos empresariales gallegos. Había pasado de malvivir a formar parte de la burguesía agraria. Se enviaban reses a Madrid, Barcelona y Bilbao[31], e incluso se embarcaban en Vigo y La Coruña, y muy especialmente en Villagarcía de Arousa, cabezas de ganado para Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial. Según el manuscrito, «desde el año 1890 a 1920 fueron los años de más actividad en

[31] «Galicia había desarrollado una orientación cárnica, en el ámbito más comercial de su ganadería vacuna, a partir tanto de los envíos que tradicionalmente se habían hecho a Castilla a pie [...]. La entrada en servicio del ferrocarril que comunicaba Galicia con el interior peninsular había significado la reorientación de aquellos envíos hacia los mercados urbanos españoles, principalmente Madrid y Barcelona, una reorientación que se constituyó en un éxito importante», Carmona Badía, Xoán y Nadal Oller, Jordi, *El empeño industrial de Galicia. 250 años de historia, 1750-2000*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2005, p. 208.

vacas y en corderos»[32]. Y pudo construir su primera fábrica de curtidos en el Paseo Imperial, trasladándose después al Puente de Vallecas.

Entre tanto, Lugo se convertía a principios del siglo XX en la única ciudad de España de la que salía todos los días un tren que transportaba exclusivamente ganado[33]. Todo esto ayuda a entender el liderazgo que en este sector alcanzó la familia Fernández González. En realidad, nada fue improvisado y sí fruto del esfuerzo. Hicieron falta muchos años, mucho trabajo —«empecé con los despojos y fundición de sebo; a los dos años pude secar los cueros de lo poco que mataba, y cada año aumentaba un poco trabajando mucho y gastando muy poco», reconocía Clemente— y varias generaciones para crear el imperio empresarial que forjó José Fernández, que contó con el apoyo y compañía de sus hermanos. El estilo, la unión y la fortuna venían de lejos.

Sus mayores

Los primeros años del siglo XX

«Aquel pobo que imbécil e brando
non honra aos maiores
ese pobo, en verdade, perece
e corre a vil norte
mais aquel que en magníficos marbres
profunda os seus nomes,
ese pobo, ese pobo renace,
resurge, non morre».

Nós, Eduardo Pondal[34]

El año que se iba a casar, Antón de Marcos dejó atrás las tierras de su Sarria natal para mudarse a la ciudad más antigua de Galicia. Soñaba con una nueva vida en un

[32] Como apunta Ramón Villares, «las transformaciones experimentadas por la agricultura gallega desde 1890 hasta la guerra civil pueden ser consideradas en el contexto de la historia de Galicia como la más importante de la época medieval». Y el protagonismo absoluto fue para los hijos de Manuel Fernández y sus descendientes. *Op. cit.*, p. 312.

[33] Según refieren las historiadoras María Pilar Rodríguez Suárez y Mercedes Vázquez Bertomeu: Corbelle, Isabela, «Los 140 años de aquel "monstruo de hierro"». *El Progreso*, domingo 6 de septiembre de 2015.

[34] Poemas de Pondal en la revista *Nós* n.º 134. Tomo XII. Ourense 15 de febrero de 1935: «Aquel pueblo imbécil y blando que no honra a sus mayores / ese pueblo en verdad perece y corre a la vil muerte / más aquel que en magníficos mármoles ahonda sus nombres / ese pueblo, ese pueblo renace, resurge, nunca muere», 1896.

nuevo siglo, cuando aún Europa se mantenía intacta antes de destrozarse a sí misma. 1900 se iniciaba bajo la aureola de una nueva Exposición Universal en París. «Parecía el modo adecuado de clausurar un siglo que había empezado con revoluciones y guerras, pero al que ahora caracterizaban el progreso, la paz y la prosperidad»[35].

España había quedado cicatrizada por las pérdidas en ultramar. 1898 fue una fecha fatídica que marcó a toda una generación humillada por la derrota, mientras la tierra que parecía suspendida en el tiempo salía de su letargo. «Los efectos de la crisis política fueron débiles, dado que las ansias de regeneración que surgieron del desastre colonial tuvieron expresión sobre todo en el mundo rural y en la organización del agrarismo y, en menor medida, en el ámbito de la política parlamentaria [...]. La solidez del edificio del régimen de la Restauración, visto desde Galicia, no presentaba dudas [...]. De modo que los partidos políticos que se turnaban, conservador y liberal, mantuvieron su hegemonía electoral»[36].

El primogénito de Marcos Barreiros, al que todos en el mundo rural conocían como Antón de Marcos, heredó el liderazgo en el sector del comercio de ganado auspiciado por el buen hacer de su tío Clemente. Con el mismo carácter y espíritu emprendedor, Antón fue conocido en toda la comarca como uno de los más eficaces tratantes de vacuno de la provincia de Lugo. Desde una posición económica holgada tenía una prometedora carrera por delante que solo la frenó el mismo animal al que había consagrado su vida.

Su prometida era Carmen López Valcárcel, del linaje de los Pintín de Sarria. Así volvían a unirse, en otra generación, los Pintín con la rama de los Barreiros[37]. Era dos años más pequeña, nació casi en vísperas de Nochebuena del año 1878, en el término de Samos, y era la primera de once hermanos: Eduviges, Lola, Basilio, Enrique, Jesús, Concha, Pepe, Manolo, Domingo y Luis (le seguían por ese orden).

Altiva y seria. Rubia de piel blanca con los ojos azules. Su mirada se clavaba en el fotógrafo de estudio que inmortalizó a su familia (faltaban todavía por nacer, a principios de siglo, sus hermanos Luis y Domingo). Es la joven con porte señorial que apoya una mano en el hombro de su madre mientras sujeta un abanico. Arreglada, como sus hermanas, con el vestido de los domingos según la moda sobria y recatada del XIX, cuando las señoras se daban por tales cuando iban «vestidas de color de hollín, ceniza, rapé, verde botella o pasa de corinto», como si estuvieran «bajo la influencia del norte de Europa» y sus cielos grises[38].

Carmen era un buen partido, como se solía decir. Según uno de sus sobrinos, Antonio López, hijo de su hermano Luis y Alicia Rodríguez, recibió una parte alícuota de

[35] MacMillan, Margaret, *op. cit.*, p. 41.

[36] Villares, Ramón, *op.cit.*, pp. 335 y 336.

[37] Primero al casarse la hija de Juana López Vázquez, Aquilina Carmen, con Marcos Fernández. Y luego cuando el primogénito de dicho matrimonio, Antón de Marcos, enlazó con la hija mayor de Antonio López (natural de Calvor) y Ramona Valcárcel (de Santiago de Zoó).

[38] Pérez Galdós, Benito, *op. cit.*, p. 58.

la herencia del hermano de la abuela de su futuro marido[39]. De ahí que su dote fuera altísima para aquellos tiempos, donde tantos otros gallegos solo podían administrar la miseria y se oscurecían en vida como si asimilaran el color del paño de sus prendas.

Antonio López y Ramona Valcárcel posan con su familia en los últimos años del siglo XIX. Archivo Marcos Fernández Puentes.

Carmen y Antonio tenían lazos de sangre. Eran primos segundos. Los abuelos maternos de Antón de Marcos eran los tíos abuelos paternos de Carmen. Y si se escudriña el árbol de aquellos linajes lucenses era fácil descubrir que sus distintas ramas tenían una savia común. Como le gustaba decir a Galdós, se creaban «parentescos de afinidad». Y se cerraban matrimonios de conveniencia. Así todo volvía a quedar en Sarria en menos de treinta kilómetros.

Imaginas, según los testimonios de los suyos, que la rondaría en una de las infinitas fiestas del concello, donde iban las mocitas acicaladas con su mejor mantelo, muchas con los zapatos en la mano, porque eran caros de comprar, y el sonido de la gaita se imponía sobre las voces agitadas y los cantares. López Arias ha contabilizado que en el municipio de Sarria se celebraban alrededor de unos setenta *romaxes*, fiestas y *ruadas*, algunas de ellas multitudinarias, acompañadas de ostentosas «*merendas* colectivas». Sin olvidar las *feiras* de la comarca, un mercado regular donde se vendía ganado y productos del campo, definido por Valentín Arias como «*o casino do pobo*», donde era habitual el «paseo de mozos y mozas, para escuchar los cantares de *cego* o, muy de tarde en tarde, contar con la presencia de algún *gaiteiro*»[40].

[39] Antonio López Vázquez era el chocolatero que donó su herencia a los hijos de su hermano Domingo (el abuelo paterno de Carmen). Su hermana Juana López Vázquez era la abuela de su prometido, Antón de Marcos.

[40] Notas sobre la familia Marcos de Barreiros del cronista Jaime Félix López Arias, más conocido como Arlindo.

Carmen vivía en la aldea de Pintín, en la feligresía de San Esteban de Calvor. Y lo cierto es que el prometedor y joven tratante, acostumbrado a recorrerse la región y sus recovecos, también se movía en su círculo. Así que más allá de otras elucubraciones, el 11 de agosto de 1901 Antonio pidió formalmente su mano en la villa de Sarria. Él tenía 24 años y presumía orgulloso de ser «industrial». Ella, con 22, se dedicaba a las «ocupaciones propias de su sexo», como era lo tradicional en aquellos días. Sus labores, lo llamaban.

Los testigos de las capitulaciones matrimoniales[41] firmadas ante el notario y eclesiástico de la diócesis de Lugo fueron el padre de ella, Antonio López, y el padre y abuelo del novio, Marcos Barreiros y Manuel Fernández. Este último, con sus sesenta años, se encargó de administrar la dote de la pareja, tal vez temiendo la incontinencia económica que siempre tenía Marcos, su hijo mayor, el que regentaba la taberna.

Ella aportaba al matrimonio, ni más ni menos, 35 000 pesetas por la legítima y la parte que le correspondía de su tío el chocolatero, Antonio López Vázquez, de quien era «una de las herederas instituidas en su testamento». Se entregó en el acto 15 000 pesetas y el resto en cuatro plazos iguales en otros tantos años sucesivos. Para saber cuánto capital era la dote de la novia habría que recordar cuál era el valor de una peseta (que equivale a 0.0060 céntimos de euro) en 1901. Según el índice de precios, el kilo de carne de vaca estaba a 2 pesetas y a 1.75 el tocino; las patatas a 0.15 céntimos, el arroz a 0.70 y un kilo de pan a 0.50; los garbanzos a 1.05 y a 0.75 las judías; el litro de leche salía a 0.50, el aceite por 1.20 y la arroba de vino a 7 pesetas. Un kilo de carbón se ponía a 0.20 céntimos el kilo y unas botas a 10 pesetas[42].

El abuelo de Antón, como administrador, hipotecaba a su vez a favor de su nieto las fincas en el término de Santa María de Ortoá, que heredó de su madre Juliana Rodríguez, fallecida hacía más de treinta años. Se trataba del prado de Outeiro, que producía hierba, con parte destinada a la dehesa, que equivalía a más de una hectárea junto a otra finca destinada a labradío, que lindaba con un arroyo; otro prado en Navas y el agro de Riva, de labradío y tojal de más de una hectárea. Manuel también entregó a su nieto por cuenta del tercio de su herencia de libre disposición la finca de Barreiros, con su patio, huerta y el prado de aproximadamente cuatro hectáreas.

---

[41] Según la *Enciclopedia Española de Derecho y Administración* de Lorenzo Arrazola de 1848, el origen del contrato conocido como capitulaciones matrimoniales es tan antiguo que sin dificultad alguna puede referirse a los primeros tiempos de la monarquía goda. Su uso debió incrementarse con el tiempo a medida que era más considerable la fortuna de los contrayentes o la suma de bienes que aportaban al matrimonio. Así el uso de las capitulaciones matrimoniales vino a ser un acto obligado en las familias distinguidas y acaudaladas.

[42] Tuñón de Lara, Manuel, *La España del siglo XIX (De la Primera República a la crisis del 98)*, Laia B, 1975, p. 156.

Esa donación la hacía en concepto de irrevocable con la obligación de completar a sus otros hijos —Josefa, Dolores, Manuela, Benita y Clemente— lo que les faltase para dos mil pesetas, aunque no alcanzase la legítima que les correspondía. Como apunta el historiador Xoán Carmona, el «sistema de herencia» era uno de los factores del reducido tamaño de las explotaciones agrarias y su excesiva parcelación interna al crearse una red de «explotaciones agrícolas que no solo tenían una dimensión liliputiense, sino que estaban compuestas por varias fincas, con frecuencia separadas unas de las otras y dedicadas a aprovechamientos diferentes»[43].

También su padre Marcos mejoraba la dote con la entrega del prado de Lamela de más de una hectárea en la parroquia de San Julián de Meijente, que compró a los herederos de Clemente Pérez, hacía entonces cosa de seis años, por valor de tres mil pesetas. Con ello se comprometía a dar a cada uno de sus hermanos —Juana, Francisca, Emilio, Manuela, Manuel y Matilde— tres mil pesetas en pago de lo que les correspondía por sus legítimas en cinco plazos que vencían, el primero de mil pesetas, al año de casarse o al llegar a la mayoría de edad cada uno de ellos. Con estas cantidades se veía la abismal diferencia de dote con la fortuna de Carmen, heredera del industrial chocolatero con el mismo apellido que el famoso Matías.

Tres días más tarde, se celebró la boda en Lugo en la iglesia parroquial de Santiago de la Nova[44], como quedó inscrito curiosamente en el acta matrimonial del Registro Civil de Sarria. Aquel 14 de agosto, a las nueve de la mañana, los casó el cura Manuel Lorenzo Blanco en régimen de gananciales. Pocos tenían separación de bienes a principios de siglo. No hay álbum fotográfico que recuerde el enlace. Solo el típico daguerrotipo que se realizaba en la época de unir dos imágenes en una sola con un fondo nebuloso.

En aquel 1901, los padres de José Fernández López se podían sentir satisfechos y confiados en el futuro. La pareja era una más de las que se dejaba llevar por el flujo del campo a la ciudad, aunque esta fuera pequeña y con un toque clasista. Lugo, capital agrícola de tierras de montaña, centro de caminos, con apenas 11 000 habitantes, era una ciudad de romanos y obispos, tal y como la describió Celestino Fernández de la Vega.

[43] Carmona Badía, Xoán «Galicia: minifundio persistente e industrialización limitada». Germán, Luis, Llopis, Enrique, Maluquer de Motes, Zapata, *Santiago, Historia económica regional de España siglos XIX y XX*, Crítica, 2001, p. 15.

[44] Fue un antiguo convento de las dominicas de Santa María de la Nova. En 1859, se instaló la parroquia de Santiago en la iglesia de Nuestra Señora de la Nova, de ahí la fusión del nombre.

Daguerrotipo a partir de las imágenes de Carmen López Valcárcel y Antonio Fernández Fernández. Archivo Marcos Fernández Puentes.

Para Carmen y Antonio representaba la ciudad con mayúsculas al venir de un grupúsculo de casas salteadas en unas minúsculas aldeas de pocos habitantes y una feraz campiña. Ocurría el mismo fenómeno en toda Europa. «Sus ciudades y pueblos iban creciendo con la llegada de cada vez más personas provenientes del campo que acudían en busca de mejores oportunidades [...]. Conforme disminuía el número de europeos que vivía de la agricultura, crecía el de las clases obreras industriales y la clase media. Europa empezaba a parecerse al mundo que conocemos»[45].

Los Fernández López daban el salto de labriegos acaudalados a industriales y propietarios, como le gustaba figurar a Antón de Marcos en los documentos de la época. Eran unos privilegiados[46]. En dos generaciones se había obrado la conversión de campesinos a clase media alta con aires burgueses. Así empezaban una nueva vida en una casa alejada de la finca de Barreiros, aunque mantenían el cordón umbilical que les unía con las tierras de Sarria, donde el padre de José continuó realizando múltiples adquisiciones de terrenos.

El lugar elegido como hogar fue el barrio de Friás unido a la estación de ferrocarril. Desde el día de San Froilán de 1875, cuando los vecinos acudieron a la inauguración de la estación como si estuvieran movidos por un resorte en su interior, se

[45] MacMillan, Margaret, *op. cit.,* p. 44.

[46] Según el censo de población de inicio del siglo, Galicia mantenía una población activa en la agricultura que representaba el 85.89 por ciento del total. García-Fuentes de la Fuente, Manuel J., *La red viaria interior de Galicia en el siglo XIX (1840-1865)*, Universidade da Coruña, 1995, p. 11.

convirtió en el centro en el que giraba la vida económica y social. La llegada de las locomotoras supuso el remedio curador de todos los males. El progreso cogía carrerilla. «Las vías férreas sacarían a Galicia de su estado de "marasmo e inanición", acabarían con la "postración" en que se encontraba y permitirían el desarrollo de todas sus dormidas potencialidades con la exportación de productos y el crecimiento del comercio»[47]. Aunque con una lentitud que exasperaría[48].

La casa del Paso a Nivel[49], de la carretera de Castro, y su huerta a un escaso kilómetro de la muralla romana, en la época que solo había ciudad intramuros, fue tanto residencia familiar como centro de recepción y expedición de ganado vacuno[50]. Habían ubicado en la parte trasera unas cuadras y utilizaban la planta baja como oficina. Lejos quedaban los tiempos que sus parientes tenían que conducir el ganado hasta Tovar de los Vados a través de los montes y por caminos maltrechos. El embarque era en su propio hogar. El epicentro de su mundo en una ciudad de grandes ferias y mercados.

La casa de Paso a Nivel del lugar de Friás a la altura de la vía de ferrocarril donde transcurrió la infancia de José Fernández. Archivo Marcos Fernández Puentes.

[47] Veiga Alonso, Xosé R., *op. cit.*, p. 2.

[48] «Para hacernos una idea, tengamos en cuenta que el trayecto de Coruña-Madrid empleaba veinte horas en el expreso de viajeros, que se convertían en más de veinticinco si se trataba de mercancías». García-Fuentes de la Fuente, Manuel J., *op. cit.*, p. 13

[49] No solo estaba en el paso a nivel, sino que fue conocida también como una calle.

[50] Pousa Antelo, Avelino y Arias, Valentín, *op. cit.,* p. 9.

UN VIAJE FOTOGRÁFICO

8 de septiembre de 1904

Nace JFL en Lugo.
En el Paso a Nivel
transcurre su infancia.

16 de marzo de 1914

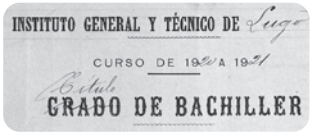
Muere su madre
Carmen López
Valcárcel.

Septiembre de 1914

JFL es internado
en el Colegio
Santa Isabel.
En Tapia de
Casariego.

28 de abril de 1921

Título de Bachiller.
Instituto General y Técnico de Lugo.



Septiembre de 1921

Facultad
de Derecho.
Universidad
Literaria
de Santiago.

Septiembre de 1923

Continúa
estudios de
Derecho.
Universidad
Central de Madrid.
Se integra en
Mocedade Céltiga.

19 de noviembre de 1931

Muere Antón
de Marcos
en un accidente
de coche.

25 de enero de 1932

Es nombrado secretario de la
Unión de Tratantes de Ganado
Vacuno de Galicia.

8 de julio de 1935

MATADERO DE PORRIÑO

Pontevedra. — Para informar a la Superioridad extensamente acerca de cuanto se relaciona con el funcionamiento del Matadero industrial de Porriño, que explota actualmente la Sociedad denominada "Industrias Pecuarias Gallegas", giró visita de inspección a dicho Matadero, el inspector provincial de Higiene y Sanidad Pecuarias Sr. García Buela.

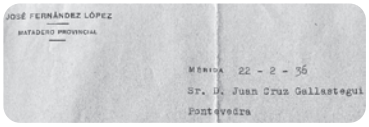
Crea su primera
empresa:
Industrias
Pecuarias
Gallegas, S.L.

2 de enero de 1936

Contrato de arrendamiento del
Matadero Provincial de Mérida por
parte de José Fernández López.

22 de febrero de 1936

Inicia su relación epistolar con
Cruz Gallástegui, director de la
Misión Biológica de Galicia.


JOSÉ FERNÁNDEZ LÓPEZ
MATADERO PROVINCIAL

Mérida 22 - 2 - 36

Sr. D. Juan Cruz Gallastegui
Pontevedra

17 de mayo de 1937

JFL compra en Inglaterra el último
cerdo de una estirpe en extinción
por instancia de Miguel Odriozola.

26 de octubre de 1937

Adquiere en Badajoz la Granja Céspedes, mientras el cebadero de Porriño está en máximos.

3 de agosto de 1939

JFL funda Zeltia, S.A. junto a Ramón Obella, Fernando Calvet y sus tres hermanos.

1 de enero de 1940

Firma el alquiler de unas oficinas en Madrid en la Avda. José Antonio, la actual Gran Vía, número 26.

8 de agosto de 1940

Funda Titania, S.A. con sus hermanos. Y son socios de Kaolines de Lage, S.L. junto a Isidro Parga Pondal.

Marzo de 1942

Viaja a Berlín durante los bombardeos de la RFA en la Segunda Guerra Mundial.

14 de diciembre de 1942

Constituye Sica en el Registro de Compañías de Seguros.

2 de junio de 1943

FundaTransfesa, junto a sus hermanos.

14 de octubre de 1943

JFL registra la marca Apis, elaborada en el Matadero de Mérida.

8 de diciembre de 1944

Se casa con María del Rosario Sousa-Faro y Sanjurjo en Barcelona.

Noviembre de 1944

Zeltia, S.A. logra la síntesis del DDT. Nace la marca ZZ.

Septiembre de 1947

Entra en Corchera Extremeña, S.L.
Por esas fechas funda Semillas Selectas, S.L.

12 de mayo de 1949

Alquila por 20 años, el Matadero Industrial de Porriño.

3 de diciembre de 1949

Creación de Antibióticos, S.A. un consorcio de 6 laboratorios, incluido Zeltia, para fabricar penicilina en León.

2 de enero de 1950

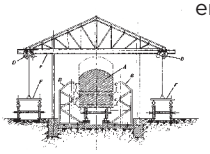
Se incorpora Vicente Sos Baynat al Matadero de Mérida y organiza Laboratorio de Geología y Minería.

28 de febrero de 1951

Se funda Frigsa junto al INI. JFL fue vicepresidente y el mayor accionista privado.

7 de agosto de 1951

Transfesa registra la patente del cambio de ejes. Se cruza por primera vez el paso de los Pirineos sin realizar transbordo en la frontera.



Octubre de 1954

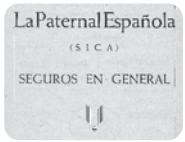
JFL entra en el accionariado de Aviaco, S.A. cuando la compañía se fusiona con el INI.

26 de enero de 1956

Se funda, en el Matadero de Mérida, Ifesa. JFL fue consejero delegado y el máximo accionista de la parte privada.

22 de marzo de 1956

Sica se fusiona con La Paternelle y se crea La Paternal Española.



16 de septiembre de 1958

Se constituye Litia, S.A. con un 40 % de capital extranjero para explotar yacimientos en Lalín.

Marzo de 1960

JFL inicia su colaboración con el Museo Provincial de Pontevedra. 3 años antes fue con el Museo de Lugo.

23 de junio de 1960

JFL funda Pescanova, S.A. con un capital de 6 millones.

8 de septiembre de 1961

El *Lemos*, primer barco congelador de España financiado íntegramente por JFL, zarpa con rumbo al Atlántico Sur.

Febrero de 1963

Funda Industrias Frigoríficas del Louro en el Matadero de Porriño, Frigolouro.

31 de julio de 1964

Se crea la primera empresa mixta del sector marítimo, Sea Harvest. Ese verano, zarpa el *Galicia*, el buque nodriza más grande de Europa.

Octubre de 1964

En su 25 aniversario, Zeltia se asocia a distintas firmas británicas y constituye: Ici-Farma, Zeltia Agraria, Cooper Zeltia.

A su vez, JFL financia el legado de Castelao.

1965

Nace Heliacsa. Además, JFL funda Explotaciones Agrarias, S.A. Se termina el Edificio Fernández López.

Primavera de 1966

Se inaugura una nueva sede de Antibióticos en el 38 de Bravo Murillo. Dos años después se construyen fermentadores de 3000 metros cúbicos en León.

22 de septiembre de 1968

La flota congeladora de Pescanova es la primera en Europa y la tercera del mundo.

Julio de 1973

JFL funda Productores de Actinidia Chinensis. Se convierte en el 1.er productor de kiwi europeo.

1974

Nombrado Hijo Adoptivo de la provincia de Pontevedra y de Porriño. Le entregan la Medalla de Oro de la Ciudad de Mérida.

22 de diciembre de 1976

Nace una estrella en Pescanova, Rodolfo Langostino.

1980

Sigue creciendo las filiales de Pescanova: en Australia, Mozambique, Argentina y, un año después, en el sudoeste de Irlanda. Muere Álvaro Gil Varela, su mano derecha.

1983

Homenaje de Pescanova a su presidente de honor. Y el ayuntamiento de Redondela le dedica una calle.

1985

Inaugura una nueva factoría, en Porriño, Frinova, S.A. Zeltia vende su participación en Antibióticos.

21 de diciembre de 1986

JFL fallece en Madrid. Es enterrado en la cripta de la Almudena. 19 días antes solicita que las obras depositadas en el MPP se rotulen como «Colección Particular».

LISTADO DE LAS EMPRESAS MÁS IMPORTANTES

AÑO	EMPRESA	ACTIVIDAD SOCIAL
1935	INDUSTRIAS PECUARIAS GALLEGAS, SL.	Explotación de matadero
1939	ZELTIA, S.A.	Fabricación de medicinas
1939	KAOLINES DE LAGE, S.L.	Extracción de caolín
1940	TITANIA, S.A.	Explotación de yacimientos mineros
1941	FRILUGO, S.L.	Explotación de huevos y aves
1942	GRANJA CÉSPEDES	Explotación agropecuaria
1942	SICA (Seguros Industriales Compañía Anónima)	Compañía de seguros
1943	TRANSFESA (Transportes Ferroviarios Especiales, S.A.)	Transportes ferroviarios especiales
1947	CORCHERA EXTREMEÑA, S.L (en 1952, S.A.)	Extracción y fabricación del corcho
1947	SEMILLAS SELECTAS, S.L. (en 1952, S.A.)	Producción, importación y exportación de semillas de alta calidad
1948	ALUMBRES QUÍMICOS, S.A.	Fabricación de sulfato de aluminio
1948	SEMAT, S.A.	Construcción y reparación de material móvil
1949	INDUSTRIA ESPAÑOLA DE ANTIBIÓTICOS, S.A.	Fabricación de penicilina y otros antibióticos
1951	FRIGSA (Frigoríficos Industriales de Galicia, S.A.)	Matadero industrial con tratamiento de frío industrial

1951	TAFESA	Fabricación de vagones de ferrocarril
1953	FRUTOS SELECTOS, S.A.	Exportación de frutas, verduras y hortalizas
	PELEFISA (Peletería Fabril Ibérica, S.A.)	Manufactura de cueros y pieles
	AGRO INDUSTRIAL EXTREMEÑA	Subsector textil
	INDUSTRIAS FORESTALES GALLEGAS	Explotación de maderas
	NUASA (Nutrimientos Animales, S.A.)	Creación de piensos industriales
1956	IFESA (Industrias Frigoríficas Extremeñas, S.A.)	Matadero industrial con tratamiento de frío industrial
1956	LA PATERNAL ESPAÑOLA, S.A.	Compañía de seguros
1958	LOS PEÑASCALES	Cría de visones
1958	LITIA, S.A. (Lithium Corporation of America, Inc.)	Explotación de de yacimientos mineros
1960	PESCANOVA, S.A.	Explotación de recursos del mar
1963	VIDRIERA DE CASTILLA	Manufacturas de vidrio
1963	FRIGOLOURO (Industrias Frigoríficas del Louro, S.A.)	Matadero industrial
1964	SEA HARVEST CORPORATION, LTD.	Explotación de recursos del mar
1964	ZELTIA AGRARIA, S.A.	Productos químicos
1964	COOPER ZELTIA, S.A.	Productos farmacéuticos
1964	ICI-FARMA, S.A.	Productos farmacéuticos
1965	HELICSA (Helicópteros, S.A.)	Compañía de helicópteros
	COTASA (Compañía de Trabajos Aéreos, S.A.)	Compañía de avionetas
1966	AFRIPESCA, S.A.	Explotación de recursos del mar
1966	SIPEC, S.A. (32.5 % Pescanova)	Explotación de recursos del mar
1966	EXPLOTACIONES PECUARIAS, S.A.	Explotaciones agrícolas y ganaderas
1966	CONSTRUCCIONES LOURIÑA	Construcción, reparación y conservación
1970	SIAL (Silicio y Aluminio)	Explotación de yacimientos mineros
1973	ACTINIDIAS CHINENSIS, S.A. (50 % Meneu Export)	Cultivo de kiwi
1974	PESQUERAS BELNOVA, S.A. (82.65 % Pescanova)	Explotación de recursos del mar
1977	FRUMAR, S.A. (Frutos Marinos) (45 % Pescanova)	Explotación de recursos del mar
1979	EIRANOVA FISHERIES, LTD.	Explotación de recursos del mar
	HASENOSA (50 % Pescanova)	Fabricación de ingredientes alimentarios
	PESCAFRESCA	Comercialización de pescado fresco
1980	PESCAMAR, LTD. (49 % Pescanova-51 % Emopesca)	Explotación de recursos del mar
1980	NEWFISHING AUSTRALIA PTY., LTD. (50 % KFV)	Explotación de recursos del mar.
1985	FRINOVA, S.A.	Procesado de pescado y precocinados